

Marzo - Abril 2016, Nro. 7
Distribución gratuita



RELATOS INCREÍBLES

Revista Digital de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror

ALVARADO * MESÍAS * CEVASCO * CHÁVEZ * COPADO * ZARCO



**Por las rutas de la muerte
y otros relatos**





Créditos



© 2016 Asociación por la Cultura y Educación Digital (ACUEDI)

© 2016 José M. Alvarado, Rubén Mesías, Alfredo Copado, Ramiro Chávez, Jorge Zarco y Julio Cevalco

Director: **Héctor Huerto Vizcarra**

Subdirector: **Hans Rothgiesser**

Comité Editorial: **Daniel Salvo, José Güich, Otilia Navarrete, Christian Campos Alvarado, Miguel Huertas, Tanya Tynjälä y Daniel Arteaga**

Editora: **Paola Arana Vera**

Diseño de portada: **Rafo Núnjar Tovar**

Diagramación: **Héctor Huerto Vizcarra y Rafo Núnjar Tovar**

Revista: **Relatos Increíbles**

Nº 7: **Marzo-Abril del 2016**

ISSN: **2413-9017**

Distribución gratuita

Este es un proyecto de: **ACUEDI**

www.acuedi.org

www.relatosincreibles.com

Email: **relatos@acuedi.org**

facebook.com/relatosincreibles



Autores



José M. Alvarado

(Lima, 1995). Alumno de la Pontificia Universidad Católica del Perú, actualmente estudiando la carrera de literatura hispanoamericana. Columnista en la revista Letras al Mango.



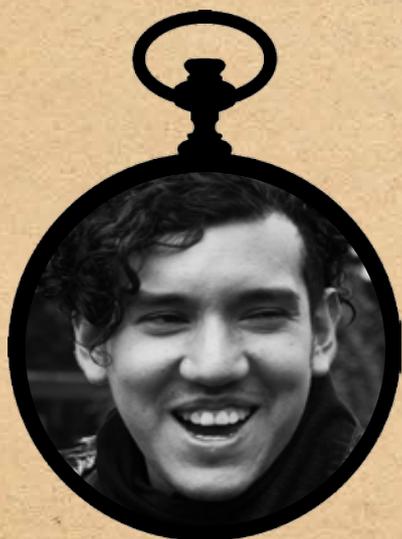
Rubén Mesías

(Trujillo, 1973). Escritor y ajedrecista. Publicó en el suplemento “Dominical” del diario “La Industria”. Algunos relatos suyos aparecieron en webs peruanas de ciencia ficción. Su cuento “Nervios” apareció en la antología “Un muerto camina entre nosotros” (2014).



Alfredo Copado

(Ciudad de México, 1989). Licenciado en Arte y Patrimonio Cultural por la UACM. Obtuvo el primer lugar en el Primer Concurso Estudiantil Universitario de Cuento UACM Cuauhtémoc 2011, con su cuento titulado “De madera a Pantocla, la bella amorosa”.



Julio Cevasco

(Lima, 1985). Traductor e intérprete colegiado con conocimientos de alemán, español e inglés. Actualmente estudia Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Münster, Alemania.



Ramiro Chávez

(Huancavelica, 1986). Economista de la UNMSM. Interesado en temas de industrias culturales. Ha escrito artículos relacionados con literatura y teatro en diversos medios y presentado ponencias sobre literatura y economía en diversos congresos.



Jorge Zarco

(Madrid, 1973). Experto en cine y derivados. Estudiante de literatura y poesía, ha publicado en prensa impresa y digital de carácter *underground* desde los diecinueve años.

Autores



Rafo Núnjar

(Callao, 1982). Diseñador gráfico, ilustrador, músico-terapeuta, constructor de aerófonos inspirados en antiguos artefactos sonoros prehispánicos. El arte antiguo siempre ha inspirado su obra y conducido sus pasos. Ver portada



Luis Morocho

(Lima 1983). Egresado en la Escuela de Bellas Artes de Lima en la especialidad de pintura, creador del personaje de comic "El Guachyman" y director de "Camaleón Azul". Integrante de la agrupación de música folklórica peruana "Wayanay". Ver p. 38



Grendel Bellarousse

(Buenos Aires, 1969). Autodidacta. Ganó un par de premios a nivel local, nacional y seleccionado en otros. Expuso a nivel individual y colectivo tanto ilustraciones como historietas. Actualmente es Coordinador de Ilustradores de la revista Próxima. Ver p. 29



Autores



Gerardo Espinoza

(Lima, 1987). Titulado en diseño gráfico publicitario. Se dedica actualmente a la ilustración. Es retratista, pintor de animales y escenarios. Está escribiendo actualmente su primera novela corta y pronto lanzará una historieta. Ver pp. 16-17



Carolina Valera

(Cajamarca, 1989). Diseñadora de Modas del Centro de Altos Estudios de la Moda - CEAM, estudios en Bellas Artes en la PUCP y Joyería en el Cite Joyeria Koriwasi. Actualmente sumergida en el mundo del marketing y publicidad. Ver p. 34



Adrián Rivera

(México, D.F., 1983). Maestro en Ciencias y Artes para el Diseño. Se desempeña como comunicador en un instituto de investigación. Su primer cuento publicado apareció en la Antología Mexicana de Ciencia Ficción de El Under Ediciones. Ver p. 12



Eduardo Romero

(Lima, 1975). Estudió arquitectura, cursos de programación y software de modelado digital. Ganó el Concurso de historietas de Calandria en 1999. Actualmente trabaja en una novela gráfica. Ver p. 25



Ittai Guerrero

(Ciudad de México, 1996). Carrera técnica en diseño gráfico, actualmente autodidacta. Amante del cómic, de las novelas con tramas oscuras y crudas y de la ciencia ficción. Admirador de las obras con estilo realista. Ver p. 40.



Ángel Úbeda

(Salamanca, 1981). Diseñador gráfico, ilustrador y escritor. Ha participado con un cómic en la Revista Digital "Inari Magazine". Actualmente terminando estudios de Pedagogía en la Universidad de Salamanca. Ver p. 21

Índice



Editorial.....	07
El hijo del emperador.....	09
El parque.....	13
Noche de Santiago.....	19
El laberinto viviente.....	23
Y me deleitaré de la belleza de su rostro.....	33
Por las rutas de la muerte.....	36
Muro de honor.....	42



Editorial



Continuamos con las revisiones de los cuentos con algunos imprevistos, pero con la alegría de leer tantas historias increíbles y fenomenales. De hecho ya hemos llegado a setenta veredictos aproximadamente y esperamos terminar de revisar todos para fines de mayo. Y no se pongan tristes ni se frustren si participaron enviándonos sus cuentos y no los hemos aceptado. Estoy seguro que en un futuro escribirán los mejores cuentos posibles y, por ende, los vamos a ver publicados aquí. El rechazo es parte del proceso del escritor y hay que aprender a sobrellevarlo.

En este número de la revista hemos logrado, nuevamente, ilustrar todos los cuentos. Esto no sería posible sin el apoyo de todas las personas que se han ofrecido para tal tarea: Rafo Núnjar, quien se encarga fabulosamente de todas nuestras portadas hasta el momento y que me gustaría que se quede colaborando con nosotros después del octavo número; Grendel Bellarousse, quien ya va ilustrando tres números de la revista; Gerardo Espinoza, quien ha vuelto tras una breve pausa y nos deleita con tremenda imagen; Luis Morocho, quien nos acompaña desde el principio y se despide de nosotros con este número; Carolina Valera, quien con su calidad artística representa hasta el momento la cuota femenina de nuestros ilustradores; Adrián Rivera, quien no solo es escritor, sino también ilustrador, como es el caso de Eduardo Romero, quien también ha ilustrado en este número; Ittai Guerrero y Ángel Úbeda, quienes se suman recién a la revista. Gracias a todos ellos y a las demás personas que se están apuntando para el número siguiente.

En esta oportunidad tenemos a cinco cuentos de impacto. Especialmente recomiendo el cuento de nuestra portada escrito por José M. Alvarado. Probablemente es uno de los tres mejores cuentos de nuestra primera convocatoria. En ese relato nos vamos a encontrar directamente con la muerte. Tenemos además la continuación de la saga del Oscuro de Julio Cevasco, en donde conoceremos a otro de los personajes principales y sabremos un poco más del origen de Ofelia. Rubén Mesías, en el único cuento de ciencia ficción de este número, nos presenta a unos alienígenas perdidos en nuestro planeta que intentan recuperar la memoria perdida. Luego tenemos la historia de Ramiro Chávez, donde se nos presenta a un joven que se interna en el mar para pintar el cuadro perfecto. Le sigue el relato de Alfredo Copado en donde nos encontramos con una aparente sociedad perfecta hasta que se construye un laberinto. Finalmente, tenemos la historia de terror de Jorge Zarco, en donde un vampiro y una persona realizan una simpática competencia.

Héctor Huerto Vizcarra
Director



La
Biblioteca Digital
ACUEDI
cumple

2 años

y necesita
tu ayuda económica.
Colabora con nosotros
para que este proyecto continúe.
La difusión gratuita de más de
8,000
textos
necesita de tu apoyo activo.

Cuenta soles
BBVA Continental

0186-0100038954-42 (Perú)



Consultas a: info@acuedi.org

Móvil: (51) 1 997656330

Email: luis.morocho@camaleonazul.pe

www.camaleonazul.pe

 /estudiocamaleonazul

Camaleón

Azul

Story board, caricaturas,
comics, ilustraciones,
talleres de dibujo y
pintura,
arte concetual.



El hijo del emperador

La balada del nunca amado

Oscuro - Parte 3

Por: Julio Cevalco





Càdeburg, la ciudad principal del Imperio, se erguía sombría e imponente al Norte de las Tierras de la Guadaña. Sin embargo, el Príncipe Heredero no sentía que fuera una gran ciudad. Para empezar Valèrian detestaba ese nombre: Càdeburg... ya que sólo le traía recuerdos sangrientos, y también, funestos. De haber podido se lo hubiese borrado; pero daba igual cómo se llamase, ni las palabras reales ni las del pueblo jamás podrían borrar los hechos. Valèrian Riese, en lo profundo de sus oídos, oía que unas voces sombrías condenaban el destino de su familia.

«Quien mal comienza, mal termina», se dijo.

Esa noche en la sala de juntas, el muchacho inhaló la peste que su nariz real se negaba a respirar; y fue en ese momento cuando supo que su pueblo estaba marcado por la desdicha. El príncipe sabía que contra la plaga no se podía luchar. Que sólo quedaba escapar. O morir. Valèrian, cabizbajo, recordó que la peste había arrasado con todo retazo de vida a lo largo y ancho de las Tierras de la Guadaña, y que la Muerte había cabalgado los vientos consumiendo las vidas de pobres y ricos por igual.

«Hombre. Bestia. Tierra. Floresta...», pensó.

Todos caían.

Incluso el acero sucumbía ante la epidemia.

El metal se desgastaba. La hojarasca se remecía, aullaba, palidecía, y moría. Mientras que el no-mundo lloraba en soledad. El joven era consciente de que para el Pueblo Bajo la Esperanza se pudría en un sepulcro. Pero para la realeza era otro cantar. Por eso pensaba que la Injusticia reinaba junto a la Muerte en un pedestal de piedra.

—Tienes tres hermanos —lo interrumpió su tío Hèmmut, y el ilusorio pedestal se destruyó con sus palabras—. Uno es un incendiario. El otro, un sodomita. Y el pequeño, el gordo Guilèt, es otra oveja descarriada de la familia. Margaret, la puta de Luùd Curadèl, lo pilló hurgando en la ropa interior de Ofelia, la Bastarda.

El conde Hèmmut la Quartièrre se limpió la saliva de los labios poco antes de inclinarse para firmar el contrato. Hèmmut, descontento, trazó una rúbrica al lado de la firma de Valèrian, quien esperaba a su lado pensando en la conducta de sus retorcidos hermanos y en su prima desaparecida. Si hubiese dependido de él, los críos habrían recibido un castigo luego de deslizarse en la alcoba de la bastarda. Pero los tres príncipes no estaban a su cargo.

—¿En qué piensas? —le preguntó el conde sin mirarlo.

—No es nada —respondió el muchacho sombrío y cabizbajo. Sus cabellos larguegros estaban aceitados con esencia de nuez—. Sólo espero que este pacto traiga el bienestar para nuestras casas. Y que el pueblo... y que el pueblo consiga arreglárselas como pueda... supongo.

Lo último había sido lo más duro de decir. Porque en el fondo el príncipe sabía que el pueblo sucumbiría.

Con el corazón en la garganta, Valèrian cerró los ojos por una fracción de segundo y recordó los rostros angustiados de su gente luego de que se hiciera pública la noticia: «En Càdeburg ya no hay nada que hacer. Tenemos que marcharnos pronto.» Cuando el joven proclamó dichas palabras, no pudo evitar quebrarse ante las pilas de pastores, labriegos y campesinos. Rostros de gente pobre con las esperanzas perdidas. Aquellos luchadores que, en sus mejores tiempos, le habían puesto su tan conocido mote: Valèrian Riese de Càdeburg: el Príncipe de la Guadaña.

—Sí, por supuesto, como digas —respondió el conde con una sonrisa luego de soltar la pluma y enrollar el papiro para que Valèrian pudiera sellarlo—. Bueno, mi querido sobrino, el pueblo vivirá momentos duros. No lo dudo. ¿Pero quién no los ha vivido? Muchos hemos tenido que pasar por ellos. ¿No recuerdas cuando comenzó todo este tormento?

Por supuesto que lo recordaba.

—Mi hijo, Halèbran —continuo su tío— estuvo a un pelo de perder la vida. Una mañana antes del desayuno se llevó una manzana a la boca sin saber que provenía de la primera cosecha que propagó úlceras.

Valèrian hizo un gesto de afirmación con la cabeza.

—Halèbran jugaba con la manzana —susurró el conde—. La hacía rodar como una pelota. Pero nuestro perro, el pastor blanco que solías pasear, se la quitó de las manos con una dentellada. Recuerdo que Halèbran lloró. Pero lloró aún más cuando a las pocas horas encontramos a la bestia agonizando en las perreras. De su hocico brotaba espuma negra, pestilente, y en su estómago incubaban los primeros gusanos.

Valèrian sumergió su anillo en un recipiente con cera de abeja. Lo manchó y lo retiró de modo que la cera caliente chorreaba como las babas del cánido.

«Se llamaba Pelusa de nieve», pensó mientras sellaba el pergamino con el contrato. El joven príncipe dejó escapar una expresión melancólica en el rostro. Sus cabellos largos y ensortijados se soltaron con el siguiente soplo de viento. Las cortinas se elevaron, fantasmales, traslúcidas y eternas.

—Se llamaba Pelusa de nieve —susurró, aún recordado el rostro fiero de la bestia—. ¿No lo recuerdas, tío Hèmmut? Era un can de la sangre de las Tierras del Crepúsculo. De los cánidos de hielo. Y raza de guardianes. Hijo de lobos huargos y lobos fenrianos. La tía Èsmeth me contaba sobre ellos cuando era tan pequeño como Halèbran y mis hermanos.

El conde se mojó los labios con la lengua, tomó el pergamino y se dirigió a la puerta sin prestar atención. Pero antes de retirarse se detuvo.

—Sí. Me acuerdo —susurró con una voz fría e impasible— Pero los recuerdos... se esfuman rápido, sobrino. Luego de comer la manzana Pelusa de Nieve murió, así que tuvimos que quemar su cadáver junto al resto de animales plagados. ¿Qué más te puedo decir? Podríamos seguir conversando como siempre hemos conversado, pero se me está haciendo tarde y lamentablemente tengo que marcharme. La comitiva partirá en menos de un par de horas con dirección a Pradera Azul, y aún necesito que Luùd Curadèl firme este maldito documento.

Una nueva pausa.

Una despedida que parecía acercarse.

Las cortinas de la habitación se elevaron con una ráfaga de aire por una segunda vez. En el oeste se escuchó el aullido de un lobo. O quizá, el de un triste y pobre perrato.

—Cuídate, Val —susurró el conde repentinamente—. La plaga se acerca. Quién sabe si alguna vez nos volvamos a ver.

—Vamos, tío, no seas tonto —respondió el Príncipe—. Luego de que Luùd firme el contrato seguro que nos veremos.

—Sí. Tal vez.

El conde Hèmmut la Quàrtiere se volvió de repente a su sobrino y le hizo una seña de despedida con la mano. Luego se dirigió al umbral de la puerta, despacio, tras el cual desapareció; y Valèrian, al ver a su sombra marcharse, pensó que pasaría mucho tiempo para que ambos volvieran a encontrarse juntos. El Conde de Pradera Azul, luego de pasar unas semanas en el castillo de Càdeburg, finalmente se había ido. Entonces Valèrian recordó que también debía darse prisa.

Los ojos del príncipe se desviaron a una clepsidra de cristal rojo que la emperatriz le había regalado por el día de su decimoquinto cumpleaños. Los cristales que daban forma al reloj de agua, estaban grabados con una runa de los protectores del Imperio. Una runa con el nombre de uno de los patronos del no-mundo, a los cuales, los hombres como Valèrian, los no-longevos, solían llamarles «efebos»...

Valèrian se apresuró a cerrar las ventanas de la sala de juntas. El viento, fuera del castillo, bufaba blasfemias. El cabello negro del príncipe nuevamente danzó, colérico, hecho una furia.



«Tienes mucho que hacer, Val —se recordó el muchacho amarrándose el cabello en una cola de caballo—. Tienes que dejar que los emperadores, los condes y los corsarios terminen de hacer su trabajo. Pero no puedes dejar que lo hagan solos. Debes velar por tus hermanos y por Ofelia, tu prima bastarda.»

Eso fue todo.

—Ofelia... ¿Dónde diablos te encuentras...? —susurró pensando en su tío, quien nunca se había expresado de la muchacha como si fuera su hija. Pero luego lo olvidó y volvió a mirar el reloj. La clepsidra indicaba que aún le quedaba tiempo para reunirse con el hombre que se encargaría de la búsqueda de la niña.

El Príncipe de la Guadaña, casi sin pensarlo, tomó una bocanada de aire y, entonces, se dirigió a la puerta que conducía a uno de los pasillos. Un pasadizo oscuro y silencioso.

Valèrian Riese le dio una última mirada a la clepsidra antes de marcharse y se dispuso a abandonar la habitación. Todo parecía indicar que el tiempo le sobraba.



El parque

Por: Rubén Mesías





ra de noche cuando Xandor y yo divisamos el parque, éste lucía triste y desolado tal como lo vimos por primera vez hacia veinte años atrás. Realmente sorprendía la falta de ornato del lugar, y más que un parque parecía un pedazo de selva incrustado entre un montón de casonas y edificios modernos; pero a ambos nos gustaba que fuera así, de ese modo sabíamos que el objetivo de nuestra búsqueda permanecía a salvo de la curiosidad de los vecinos.

No obstante, como contradiciendo ese olvido, todo el perímetro del parque aparecía iluminado por un circuito de postes de luz. Nos acercamos sigilosamente a la abandonada caseta de vigilancia. Xandor iba adelante y pateó la puerta de la misma como queriendo sorprender al hipotético guardián que podía estar dentro. La puerta cedió fácilmente y mi compañero empezó a buscar con verdadero tesón aquello que su memoria le exigía volver a tener entre sus manos.

Me quedé en los alrededores, montando guardia, pero volví la cabeza cuando escuché los improperios que mi compañero había empezado a proferir en voz alta. Entonces advertí como, en un súbito arranque de ira, deshojaba los viejos cuadernos de ocurrencias que había encontrado, esparciendo aquellas hojas amarillentas en torno a la caseta como suelen hacer los recicladores cuando encuentran algo que no les sirve de nada. Cuando salió de ahí, tenía las manos en los bolsillos y mucha ira acumulada en la mirada.

—¡Las cosas se han complicado! Lo que buscamos no está dentro de esa maldita caseta — me dijo bruscamente—. Me siento como un tonto por haberme dejado llevar por un falso recuerdo, todavía mi memoria presenta lagunas, mientras estuvimos internados tuvieron tiempo de implantarnos mucha información falsa.

Asentí moviendo la cabeza afirmativamente, mientras en mi mente se formaba la imagen de la sala donde los psicólogos humanos habían realizado el infame trabajo de convertirnos en seres como ellos, imponiéndonos estos nombres que no nos corresponden, después de despojarnos de toda la información contenida en nuestras mentes, amén de ponernos en situación de eterna cuarentena.

—La mía está volviendo poco a poco —exclamé mientras señalaba el parque que se extendía a mi alrededor—. Sin duda estar de nuevo aquí me está ayudando a recuperar mi memoria de largo plazo. Justo acabo de recordar qué cosa enterramos —le repliqué— pero todavía no estoy seguro si fue junto a esos árboles que están frente a la caseta que acabas de revisar, o más allá, al otro lado del parque.

—Algo me dice que tienes razón— dijo Xandor cerrando los ojos como si estuviera evocando lo que acababa de decirle—. Buscaremos donde dices.

—Nos harán falta un par de palas —dije yo—. Quizá podamos conseguir alguna dentro de las casas que rodean este parque.

—No hará falta —replicó Xandor—. He visto algunas de esas herramientas dentro de la caseta. Anda y saca un par de ellas.

Puse manos a la obra de inmediato, y un rato después aparecí con las palanas que necesitábamos. Le di una a Xandor mientras me dirigía hacia los árboles dispuesto a empezar a cavar; sin embargo mi compañero permaneció inmóvil, como si hubiera cambiado de idea.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no haces lo mismo que yo? —le pregunté un poco extrañado por su conducta.

—Lo he pensado mejor y creo que antes es necesario tener una imagen precisa de lo que sucedió acá antes que nos capturasen. Intenta recordar más, por favor.

Dejé la pala junto a un árbol y empecé a caminar en torno al parque, buscando reconstruir mi memoria a partir de la imagen de los elementos existentes, pues esencialmente el lugar seguía siendo el mismo, aunque el paso del tiempo había añadido algunas cosas nuevas, como los agujeros que aparecían aquí y allá. A Xandor también le llamó la atención eso, y tanto él como yo nos preguntamos silenciosamente qué podían significar aquellos forados excavados en la tierra.



Relatos Increíbles agradece tu increíble apoyo

Para mantener este proyecto puedes colaborar con nosotros, comprando publicidad o con las donaciones individuales.

Publicidad

Página completa..... 500 soles

Media página..... 300 soles

Banner..... 200 soles

Colaboración individual..... 50 soles

Nuestra cuenta es

BBVA Continental cuenta soles:

0186-0100038954-42

La respuesta llegó cuando un individuo de piel grisácea y rostro asustadizo, surgió repentinamente de uno de aquellos agujeros. El sujeto, que estaba casi desnudo, ni siquiera se dio cuenta de nuestra presencia y corrió lo más rápido que pudo hacia el árbol más cercano, se detuvo ante él un momento, y empezó a miccionar. Demoró varios minutos en vaciar su vejiga y, cuando terminó, pareció interesarse en lo que había a su alrededor. Entonces, se acercó al sector del parque donde estábamos nosotros, que estaba iluminado. La tenue luz que arrojaban aquellas farolas lo atrajeron como una polilla hacia el fuego. En ese momento nos vio y el miedo se apoderó de él, induciéndole a correr hacia el agujero del cual había salido para desaparecer de nuestra vista.

—Que individuo más extraño —dije yo—. ¿De dónde vendrá?

—Tal vez sea uno de los sobrevivientes de alguno de los bombardeos que se realizaron sobre este sector. Recuerda que la consigna era eliminar cualquier indicio de nuestra presencia sobre su propio suelo.

Cerré los ojos y empecé a recordar. En la oscuridad brillaba la luz y se movía con agilidad, ensamblando imágenes dispersas por aquí y por allá hasta conseguir una imagen coherente, un recuerdo recuperado, casi perfecto, lo que en parte me alegraba mucho.

Xandor tenía razón. Éramos demasiados. Caímos sobre las ciudades de este mundo como una legión de ángeles expulsados del cielo, para usar una expresión que parece entresacada del libro sagrado que más circula en este planeta; pero no todos lograron aterrizar sobre áreas amplias y relativamente despejadas, algunos tuvieron la mala suerte de tocar tierra sobre sectores edificados, lo cual ocasionó muchas bajas entre los nuestros y la población civil.

Tuve ganas de decir algo sobre lo que acababa de recordar, pero guardé silencio pues consideré impertinente perturbar nuestra búsqueda con esta triste evocación del pasado. Seguimos con nuestra ronda hasta que, en un momento dado, nos dimos cuenta del enorme cráter que hundía la tierra, justo detrás de los postes de luz. Incrustado dentro de aquel agujero aparecía el deteriorado fuselaje de lo que había sido una de las cápsulas de salvamento que nos trajeron a este planeta.

Xandor corrió hacia el borde del cráter y, por primera vez en todo el tiempo que teníamos en este parque, lo vi alegre.

—Anda, trae las palas. Aquí es donde debemos cavar.

Obedecí y no tardé mucho en traer lo que me había pedido. Cuando volví encontré a Xandor parado frente a ese enorme agujero, con los brazos en jarras y mirando fijamente lo que sobresalía de la cápsula de salvamento que habíamos descubierto. Me acerqué para entregarle la pala que le correspondía. Él se dio cuenta de mi presencia y extendió su mano para recibirla, entonces se estableció una conexión entre nuestras memorias, y pude recordar el momento justo cuando los misiles de aquel crucero espacial terrícola tocaron nuestra nave en puntos vitales como el sistema de navegación y en el revestimiento térmico que la protegería cuando ingresase en la atmósfera del planeta. La nave quedó sin gobierno y empezó a hacerse pedazos por obra de la fricción existente en las capas altas de la atmósfera. Mientras esto estaba sucediendo, los que pudimos abordamos las cápsulas salvavidas y les ordenamos vocalmente que procedieran a la eyección. Las cápsulas se dispersaron rápidamente, hundiéndose en el laberinto de nubes que se veía ahí abajo.

—Basta de recuerdos —me espetó Xandor— alejándose bruscamente de mí. Tenemos que trabajar. Coge tu pala y ponte a cavar en los bordes del cráter.

No dije nada, pues era obvio que no tenía sentido seguir recordando aquel episodio. Lo que contaba era que dentro de aquella cápsula podríamos encontrar el sensor que nos ayudaría a dar con la base que nuestros congéneres habían montado en este sector del planeta.

Y empecé a cavar en torno a la cápsula, mientras Xandor hacía lo mismo al otro extremo. Ambos trabajamos en silencio, con la mente puesta en nuestro objetivo común, plenamente convencidos de que los terrícolas no se atreverían a molestarnos, pues andarían ocupados haciendo cosas más importantes para ellos que perseguir a dos humanoides desmemoriados.

Estuvimos haciendo eso hasta que Xandor me llamó como si tuviera algo importante que decirme. Tiré la palana a un lado y acudí a su llamado.

—¿Qué pasa? —pregunté anhelante—. ¿Has encontrado algo?



Por toda respuesta me mostró un objeto cuadrangular y lustroso, parecido a esas cosas que los terrícolas usan para comunicarse entre ellos. Al instante mi memoria reconoció el objeto que mi compañero sostenía en su mano.

—¡El sensor de posicionamiento! — exclamé—. ¡Lo encontraste!

Mi compañero asintió con la cabeza pero siguió sin decir nada, realmente no era necesario hacerlo, tan solo comprobar si aquello seguía funcionando bien después de pasar tanto tiempo enterrado. Por esa razón, Xandor limpió con la palma de su mano la pantalla de aquel objeto y esperó un poco. Al rato, la pantalla se iluminó, era una buena señal, pues indicaba la operatividad del equipo recién recuperado. Xandor se concentró tanto en la tarea de buscar la ubicación de nuestra base, que me dediqué a mirar el cielo como intentando encontrar entre las constelaciones, alguna que le fuera familiar a mi memoria.

—¡Lo tengo! —me dijo en un tono triunfal, que me sacó de mi contemplación—. ¡Nuestra base se encuentra más cerca de lo que podríamos creer! ¡Sígueme! —añadió autoritariamente—.

Xandor estaba más ansioso que yo. Se escabulló entre la espesura como siguiendo el llamado de un instinto despertado súbitamente. Impelido por su ejemplo, lo seguí contagiado de su frenesí, anhelando que nuestra búsqueda terminase.

La oscuridad era nuestra enemiga y encendimos las linternas para hallar un camino entre las sombras que ahí prosperaban. Los conos de luz otorgaron sentido a nuestro andar, pero espantaron a los animales que habían hecho su guarida allí, cientos de iguanas desaparecieron como por ensalmo apenas la luz tocó sus arrugadas pieles de reptil, como si ésta tuviera la propiedad de desintegrar los pequeños cuerpos de aquellos seres huidizos. Y aunque sabía que todas estaban a salvo, una parte de mí llegó a creer que realmente habían desaparecido.

Xandor dio un grito de alegría cuando su linterna descubrió el maltratado monumento que se consagraba a la memoria de un coronel que, según se decía, había tenido el valor de dirigir su propio fusilamiento. Claro que eso podía ser una leyenda, pero no era cosa que nos interesaba averiguar en este momento. Lo importante era que habíamos encontrado la mejor referencia de que estábamos cerca de lo que andábamos buscando.



La linterna de Xandor se enfocó hacia donde parecía mirar la cabeza de aquel busto, puesta sobre un pedestal maltratado por el tiempo, y entonces aquella parte del parque se iluminó súbitamente, como si una poderosa fuente de luz hubiese sido encendida. El brusco resplandor nos cegó momentáneamente, obligándonos a cubrirnos la cara con las manos durante un buen rato.

No sé cuánto tiempo pasó, ni cuando apartamos las manos de nuestro rostro. Solo recuerdo la risa histérica de Xandor al darse cuenta que la luminiscencia de aquel sector permanecía vigente, estableciendo un claro límite entre el resto del parque y el lugar donde se había asentado la base. Aquel trozo de prado aparecía cubierto por un domo translúcido —sin duda, alguna especie de campo de fuerza— a través de la cual se podía percibir el masivo movimiento de cientos de siluetas inhumanas, que al principio no pude reconocer plenamente.

Eso despertó mis sospechas de que algo raro estaba pasando; y súbitamente recordé la razón de nuestro éxodo. Éramos exiliados oriundos de las lunas de Júpiter y habíamos escapado de nuestros mundos de origen a raíz de la aparición de una vasta flota de naves venidas del Espacio Desconocido, y tripuladas por una raza de belicosos reptiloides, que se dedicó intensamente a la tarea de destruir todo vestigio de civilización humana presente en aquellos satélites tan esforzadamente terraformados siglos atrás.

Recordé que los reptiloides usaron armas fotónicas, para vencer la tenaz resistencia de nuestros valientes milicianos, y bombas bacteriológicas para aniquilar a los colonos en sus propios hogares. Si embargo, estábamos preparados y nuestros convoyes ejecutaron un salto hiperespacial que nos situó sobre la órbita terrestre. Lamentablemente los cruceros terrícolas tenían órdenes de desintegrar cualquier nave procedente de los satélites contaminados, y eso fue lo que efectivamente hicieron.

Recordé todo eso y mucho más, y quise decírselo a Xandor para hacerle saber que estaba actuando con precipitación, pero su euforia era irrefrenable, y no pude contenerlo. Me derribó de un certero puñetazo en la cara y empezó a correr. Sin embargo pude incorporarme y lo llamé, a viva voz, tratando de hacerle comprender que aquella base ya no pertenecía a nuestros congéneres. Además no había modo de que los sensores automáticos que controlaban el acceso al interior del domo le franquearan el paso, si desconocían sus datos biométricos.

Todo lo que hice resultó inútil. Mi compañero continuó corriendo frenéticamente hacia lo que creía su meta, pero no pudo alcanzarla, pues los láseres que vigilaban el acceso al domo lo convirtieron en una sinuosa silueta de humo negro, que fue rápidamente dispersada por la brisa invernal. La tragedia ha durado poco y las cosas vuelven a la normalidad rápidamente.

Lentamente y con tristeza me alejo del parque donde mi compañero ha perecido desintegrado, víctima de su propia temeridad, pero su muerte ha servido de algo, pues ahora yo, el humanoide que los terrícolas llaman Graven, sabe quiénes son y dónde están sus verdaderos enemigos.



Noche de Santiago

Por: Ramiro Chávez





Santiago era un veterano pescador quien a pesar de su edad no tenía problemas en salir a diario a su faena. Tenía unos hijos ya mayores que bien le hubieran podido proveer cuanto necesitase, pero él, hombre recio acostumbrado al trabajo, sentía herido su orgullo ante tal proposición

—Mis manos y piernas aún se mueven y mis ojos aún pueden ver —respondía siempre a pesar de los ruegos de sus hijos para que se retirase a descansar de una vez del mar.

Ultimadamente Santiago había tenido días de no muy buena pesca pero mantenía el hábito, cultivado desde la juventud, de salir al mar cada mañana. Le parecía intolerable la idea de quedarse en casa viendo como pasan los días, de verse sin la red de pesca en las manos, de no verse cada día rodeado de las aguas marinas y sus tantos misterios, algunos de los cuales tuvo la suerte de poder conocer o temer.

La tarde del veinticuatro de julio, Santiago volvía de la faena y vio a un inesperado visitante en la caleta. Se trataba de un muchacho vestido de manera modesta pero muy formal, saco plomo un tanto viejo, pantalones negros, gorra de paño, lentes calados y zapatos negros cuidados pero gastados. El joven trataba de concretar con otros pescadores el alquiler de un bote para esa noche, pero con la condición de que él fuera a navegar solo. Ninguno quiso aceptar el trato, sus botes eran sus instrumentos de trabajo y había que estar loco para dárselo a un “niño” en busca de aventuras. La caleta era un centro de trabajo, no un circo de fiestas patrias.

El muchacho se acercó a Santiago. Se presentó bajo el nombre de Francisco y explicó sus razones. El pescador pareció escuchar con muy poco interés al joven. El viejo también se hubiera negado, pero percibió algo en los ojos del joven que le indicaban que su motivo era algo más trascendente que una fútil aventura. El muchacho le había dicho que era estudiante de la Escuela de Bellas Artes y tenía la intención de pintar la inmensidad de la noche marina iluminada por la pálida luna. Su propósito, aunque no bien comprendido, era firme y eso estaba reflejado en su mirada. Adelantándose a la negativa, Francisco se estaba dando la vuelta. La ronca voz del anciano le detuvo cuando escuchó una cifra.

—Cien soles si quieres ver la noche como nadie más la puede ver, serán cien soles y no me haré responsable de lo que te pase. Además debes volver antes del amanecer— Francisco oyó gozoso esas palabras y conversaron más detalles, pero al final el trato quedó hecho. Alquiló el bote por una suma bastante razonable más algunos cigarrillos.

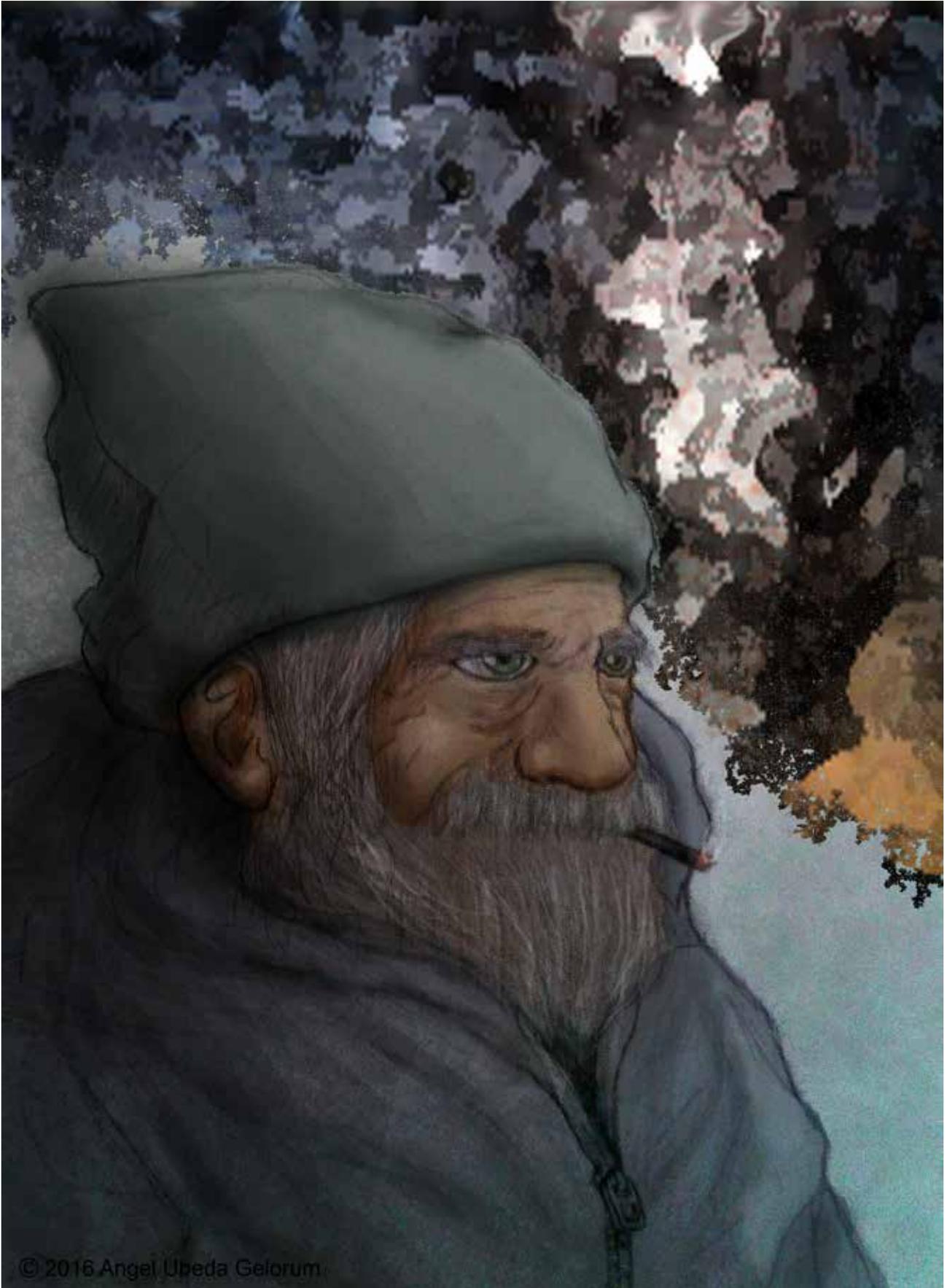
Era veinticinco de julio, a medianoche, Santiago le había dado todas las indicaciones necesarias para que no tuviera contratiempos en su recorrido, en qué dirección ir y como remar. Francisco remó y remó hasta dejar cansados sus brazos, que por lo demás estaban poco acostumbrados al trabajo físico; por un momento se arrepintió de no haber pedido al pescador que lo acompañara, pero luego se retractó, tenía que hacer esto solo. Las luces de las casas en la costa aún eran visibles, el pintor creyó haber remado ya lo suficiente, dejó que pasara la fatiga y, al fin, se puso a contemplar esperando vislumbrar la escena adecuada. La noche se bañaba por los plateados rayos de una luna llena en todo su esplendor y se reflejaba en las aguas del mar como si fuera una perla. Sin embargo, el panorama ante sus ojos, aunque hermoso, no bastó para que el mecanismo secreto de la creación, esa pequeña chispa, se encendiera.

Súbitamente su abstraimiento se vio interrumpido por la aparición de una silueta oscura que, en ese momento, raudamente pasaba por debajo de la pequeña barca. El desconocimiento que Francisco tenía del mar hizo que esa visión le infundiera temor. Le era placentero contemplar pero no así enfrentarse a algo para él desconocido. Había paseado antes por el mar, pero al amparo de un barco de pasajeros, pero ahora no se encontraba en el mar de un pasajero, sino se en el mar de los pescadores. Consultó su reloj y aunque faltaban algunas horas todavía para que saliera el sol

“El mar es dulce y hermoso, pero puede ser cruel”.

(Ernest Hemingway en “El viejo y el mar”)

decidió volver a la costa. La curiosidad lo movió a tratar de ver, una vez más, aquella silueta que le infundió temor. Pensaba que era la silueta la de algún animal marino y, por ende, miró fijamente el mar barriendo los alrededores del bote, pero todo parecía tranquilo, la serenidad volvía. Comenzó a remar en dirección a la caleta.



© 2016 Angel Ubeda Gelorum

No había avanzado sino unos pocos metros cuando sintió que una fuerza extraña se enroscaba en su pecho y sujetándolo fuertemente lo arrastraba hacia las nocturnas aguas. Trató de luchar para librarse pero fue inútil, era llevado más y más al fondo y el aire en sus pulmones comenzó a agotarse. Por fin, la extraña fuerza pareció desvanecerse y entonces al alzar la cabeza para ver la superficie, vio la noche como ningún ser humano más la puede ver.

El bote proyectaba una silueta ovalada, los remos se agitaban soltando una estela oscura y la superficie del agua era como una tela de plata iluminada suavemente por la luna que se movía al compás de las aguas como si fuera un ser vivo que danzara. Por fin, era la vista que tanto anhelaba.

Rayaba el alba cuando la voz de Santiago lo despertó. El joven pintor estaba tirado en el bote, totalmente mojado y tiritando. El viejo pescador le alcanzó una manta y le ayudó a levantarse. Se dirigieron hacia la casa de Santiago, donde un té caliente y una buena sopa de pescado hicieron que el estudiante de pintura se reestableciera.

—¿Cómo llegué aquí? —Francisco se limitó a interrogar sobre lo más obvio.

El silencio se apoderó de la casa y, de súbito, volvió a su mente la impactante visión del mar que tuvo la noche anterior. Visión tan única que había quedado impresa totalmente en su mente y que no tardaría de plasmar en un lienzo. Pero a la vez volvía al recuerdo del pánico de sentir que el agua de mar llenaba sus pulmones, el dolor en la garganta, el desvanecerse de la vida y, sobre todo, el horror de verse arrastrado por ese alguien o algo desconocido.

—¿Qué fue lo que sucedió anoche? ¿Qué era esa cosa que casi me mata? ¿Cómo fue que sobreviví? —Francisco preguntaba con desesperación.

El viejo pescador se levantó de la mesa y caminó hasta la ventana de su cuarto, prendió un cigarrillo, se puso a ver el mar concentrándose en las aguas como si el resto del mundo hubiera cesado de existir. Al fin, una vez hubo terminado de fumar, miró a Francisco.

—Querías ver la noche desde otro ángulo, ¿o no? —se limitó a responder Santiago.



¡15 años de experiencia trabajando para las mejores empresas y organizaciones del Perú y el mundo nos respaldan!



- *Diseño Gráfico, diseño de logotipos, isotipos, isologos.*
- *Diseño de páginas web adaptativas, HTML5, CSS3, Javascript, PHP, Flash, MySQL.*
- *CD multimedia para presentación de empresa, productos, catalogos, books digitales, curriculum, proyectos, demos de software, etc.*
- *Alta y posicionamiento en GOOGLE, SEO-SEF.*
- *Creación de portales, E-Commerce, galerías de imágenes, foros, servicios de noticias, blogs, CMS, guestbooks (libro de visitas), listas de correo, entornos de servicio de atención al cliente, etc.*
- *Asesoría en redes sociales.*
- *Presentación de su web en idioma inglés, español, chino, alemán, etc.*
- *Gestión de dominios de primer nivel .COM, .NET, .ORG, etc. Recuperación y transferencias.*
- *Alquiler de Hosting Linux para Microempresas, Pymes, Medianos y grandes negocios.*
- *Mantenimiento de computadoras y redes.*
- *Recuperación y respaldo de datos.*

w: <http://iotopia.net>

@: estudio@iotopia.net

Skype: [estudio.iotopia](https://www.skype.com/en/contacts/estudio.iotopia)

t: (+51-1) 6559026 (CLARO)

m: (+51-1) 993400806 (CLARO)

El laberinto viviente

Por: Alfredo Copado





Hallábase entonces la humanidad aletargada en su cómoda rutina tecnológica. El mundo humano conocido se había reducido a la ocupación de una isla artificial que levitaba sobre los aires casi rozando las aguas del océano. Todas las culturas se habían fusionado con el paso de los milenios en una colonia multicultural que se dispersaba en toda la extensión de la isla y que había adoptado modos y costumbres propias. Hacía ya muchos milenios de que las guerras por el territorio se habían convertido en meras especulaciones históricas y de las cuales quedaban sólo estragos reducidos a narraciones fantásticas de épocas arcaicas. La gente en esta isla se dedicaba a la contemplación de la naturaleza y de las estrellas. Vivían rodeados de artefactos electrónicos, máquinas, humanoides y transmisores automatizados que realizaban las tareas más básicas y hasta las más complejas para la manutención de la vida humana.

Aunque era una vida futurista y utópica para la humanidad, las clases sociales se mantenían divididas por una jerarquía monárquica: en la base social se encontraba el *popolum*, los ciudadanos comunes que si bien no poseían riquezas, mantenían su libertad como dignos ciudadanos, y eran considerados como la clase media general de la sociedad; poco más arriba se encontraban *los constructores*, quienes tenían conocimientos científicos y artísticos con relación a la vida tecnológica y eran los que hacían funcionar los engranes de la sociedad al aplicar sus conocimientos a la manutención de los equipos tecnológicos de la isla. Ellos se ganaban el ascenso social por medio de la vida académica al concluir altos estudios en varias áreas del conocimiento como la medicina, las ciencias naturales, la física, química, astronomía y cibernética, además de que muchos cultivaban aún las artes líricas y hasta plásticas por mero placer estético, pero sin desprenderse de la dependencia a la tecnología. Así era esta nobleza idealizada que velaba por el interés social y mantenía el avance del progreso. Las altas esferas políticas de esta tierra eran manejadas por un consejo de constructores de alta experiencia que habían logrado grandes descubrimientos en alguna rama científica o artística y de los cuales se necesitaba su incumbencia en los asuntos sociales. Este consejo de eruditos era quien guiaba los asuntos del pueblo y se encargaba de ajusticiar y resolver disputas y problemáticas de la gestión urbana. Pero a fin de cuentas, hasta este consejo estaba sometido a la voluntad de un solo hombre, un símbolo de la superioridad humana que mantenía el gobierno desde su trono en lo alto de la isla donde residía.

Esta sociedad tecnológica estaba guiada por un consejo de ciudadanos ilustres pero que era en realidad un sistema híbrido al contar con una especie de monarquía. La monarquía presente resultaba un verdadero misterio histórico para los estudiosos de los linajes arcanos. La más alta figura era la del rey y nada más. No se consideraban sus hijos como herederos ni a su esposa como una reina, estos eran meros ciudadanos que debían de ganarse el sustento como los otros habitantes. Esta sociedad futurista se apegaba de esta manera a sus costumbres en las que un solo hombre representaba el mayor poderío de esta última colonia humana. Rey omnipotente, en él recaía el último bastión de la sangre arcana real de los hombres, era dueño de un secreto mágico que le daba el control sobre todos y todo. Ese secreto podría considerarse como una fórmula mágica de la esencia y el secreto de la naturaleza humana que se creía perdida en las sombras del tiempo, y que por tal, convertía al rey en el ser más poderoso de la tierra aunque ni él mismo pudiese descifrar dicha fórmula.

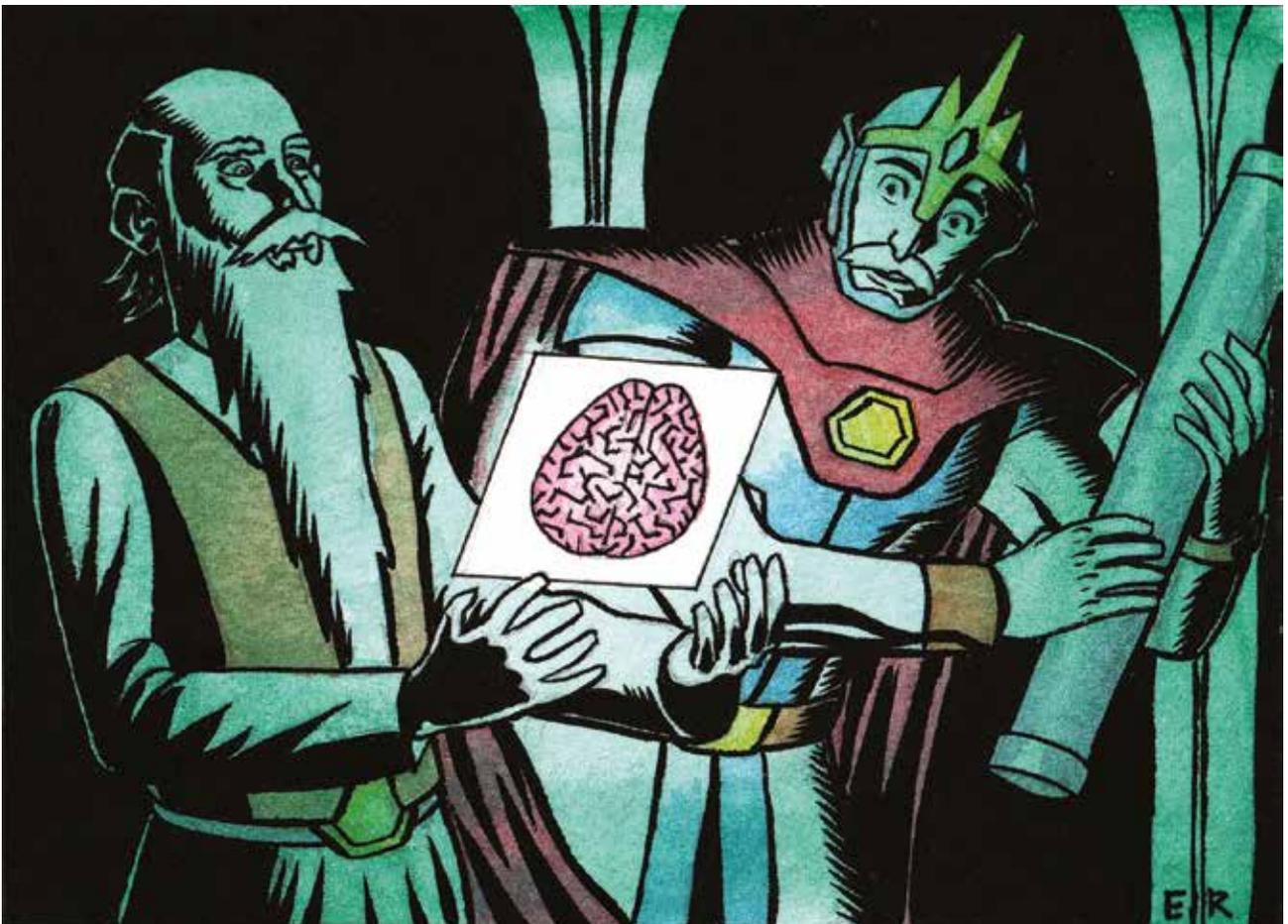
Este rey solía pasearse por los grandes pasillos de su castillo, a veces por los senderos verdosos que mandó construir según las antiguas usanzas de los castillos de antaño, y en otras ocasiones se le veía deambular por los escenarios artificiales donde se conservan los últimos indicios de vida animal y vegetal del planeta. Estos lugares eran parecidos a zoológicos al aire libre donde vivían muchas especies de animales, modificados genéticamente para adaptarse al medioambiente de una isla artificial, sin la necesidad de consumir carne o plantas para su sobrevivencia. Sólo se les alimentaba con pedazos de goma nutritiva que se les administraba diariamente. La muerte había sido desterrada de la isla para cualquier ser vivo.

El monarca entró estrepitosamente por las puertas que llevaban a un invernadero, frente a un hábitat de felinos parecidos a los pumas y se llevó las manos al rostro. Un relámpago iluminó su semblante de manera momentánea al ocurrírsele una conspiración que le garantizaría su lugar preferente en la sociedad humana. Un temor irracional lo molestaba desde el momento que fue coronado rey debido a una extraña profecía que señalaba su muerte y el fin de la corona real. El rey, arrastrando una larga capa cobriza que le cubría la mayor parte de la espalda hasta los pies, juguetaba con un largo cable de negruzco forraje que estaba conectado en un enchufe a la altura de su nuca y el cual terminaba conectado en una máquina circular flotante que lo seguía a todas partes. Mirando a un lado y al otro, su majestad buscó en los amplios terrenos del invernadero a la pieza maestra que lograría llevar a buen puerto el plan que se le había ocurrido hace poco. Su objetivo no era una pieza de metal inteligente ni algo cibernético. Intentaba encontrar al único erudito de las ciencias arcanas que permanecía a su lado como gran consejero. La vida en esta isla era larga y taciturna.

El gran consejero era un científico que tenía poco más de seiscientos años al servicio de la corona y del reino. Si bien la mayoría de los ciudadanos alcanzaba la longeva edad de cuatrocientos años al fusionar su cuerpo biológico con equipos sintéticos-cibernéticos para evitar el penoso cambio de la vejez, el gran consejero sorprendía a todo el mundo por permanecer seiscientos cincuenta años de vida sin la necesidad de adaptar su cuerpo a circuito o máquina alguna. Su apariencia se quedó congelada en los sesenta y ocho años, la vejez se detuvo, y ni las máquinas o personas comprendían a que se debía dicho milagro de la existencia humano-tecnológica. Aunque él era un gran conocedor de las ciencias no gustaba relacionarse con asuntos de la cibernética o informática.

El gran rey se acercó hacia el viejo sabio por un sendero trazado por ladrillos sobrepuestos en el suelo y lo encontró de espaldas, inclinado sobre una maceta inmensa de aspecto curvo, sosteniendo una pequeña flor de innumerables pétalos color púrpura. Temiendo interrumpirlo, soltó un largo suspiro tan fuerte que llamo la atención del viejo, sacándolo de sus reflexiones profundas.

—¿Puedo acaso servirle en algo, mi señor? —dijo el sabio, dejando la flor sobre la gran maceta.



—¡Oh gran maestro! Necesito me ilumine sobre un tema que me ronda la mente desde esta mañana —soltó el rey quien imitaba los movimientos del sabio al inclinarse sobre la flor para contemplarla.

—Usted mande y se verá satisfecho mi señor. Recuerde en cambio que si se trata sobre un tema que tenga que ver con lo tecnológico yo no...

—No se angustie, maestro de maestros. Nada de eso. Si acaso algún ingenio relacionado con las grandes leyes de la ingeniería o arquitectura.

—Usted disponga majestad, presto oídos a su voz y a su mente —dijo el anciano, sentándose respetuosamente sobre un banquillo de madera que descansaba en un gran poste de luz ambarina.

—Pues verá... hace días una cuestión me revuelca el sueño. Quiero decir, alguna respuesta necesito yo sobre algún problema de seguridad. Ya sabe, chismes del vulgo sobre profecías y esas cosas. Necesito poner a buen recaudo lo más valioso que puede poseer un rey, las naciones y los pueblos, la humanidad entera, por si acaso la desgracia deja de ser un cuento y se convierte en lo real —dijo el rey restregando con los dedos su amplia barba oscura para ocultar el temblor de sus labios.

—¿Acaso necesita mi rey esconder algún tesoro preciado de maleantes, profetas y asesinos, aún en nuestra gran nación de hombres buenos y felices? Bastaría lo mande usted y ese tesoro se refugiaría con facilidad en el fondo de la tierra.

—No sería una mala idea su eminencia, pero este tesoro no pertenece al mundo material ni al de la codicia, mucho menos pienso esconderlo por motivos de criminal alguno. Simplemente es un tesoro incalculable que podría hundir a la humanidad entera y por eso he decidido esconderlo —habló así el rey, mirando por el rabillo del ojo al gran sabio, mientras bajaba a acariciar una flor casi marchita al fondo de una maceta.

—¿Será que este tesoro pertenece al mundo de las ideas, o mejor dicho, al mundo del misterio y los secretos?

—Usted disponga gran maestro, pero necesito una solución que mantenga a todos los curiosos alejados de este secreto, al que ni siquiera yo he podido acceder, y por eso quiero alejarlo de todos. Una bodega, un baúl, una máquina centinela... ¡lo he pensado todo y nada parece ser lo más adecuado! Sólo es cuestión de esconder un pergamino arcaico que se encuentra envuelto en un cilindro de metal rojizo y que tiene más de treinta mil años de antigüedad —comentó el rey intentando ocultar su semblante nervioso ante el gran maestro.

—Algo habré oído en este tiempo al respecto, pero no recuerdo qué exactamente. Si su majestad me concediera un día para pensar, le tendría una respuesta definitiva.

—Le concedo no uno sino dos días para la tarea. Antes de la gran fiesta solar deberá estar listo el plan de seguridad. Si esa catástrofe profetizada se llegara a cumplir, quisiera tener al menos un plan para resguardar tan preciado tesoro.

—Pues mal haría usted mi rey de tomarlas como charlatanerías. Pero de igual manera no podemos exagerar tampoco ante tal festejo de los astros. La madre naturaleza habla y nosotros escuchamos —dijo el sabio al momento en que se reclinaba nuevamente sobre otra pequeña flor de la gran maceta.

—De cualquier manera, espero su respuesta —y el rey giró con paso tranquilo hacia la puerta de la salida.

—Así lo tendrá su majestad, todo listo y dispuesto. Piense usted en su secreto y yo en la solución secreta. En dos días tendrá una noticia que dará de qué hablar en el consejo.

El rey se encaminó entonces hacia sus aposentos, mirando en ocasiones de reojo al gran maestro que permanecía atento en sus estudios de la vida y de la muerte, inclinándose y levantándose para recoger flores pequeñas y grandes, de colores vivos y opacos, meditando sobre el plan majestuoso que prometía ser el auxilio del monarca, pensando quizás en por qué las flores se mantienen inmóviles y estoicas ante las inclemencias del tiempo.

Los dos días pasaron rápidamente sin ajetreo alguno. El monarca iba y venía en su balcón alzando la vista hacia la gran torre, a un lado de su alcoba, donde era el gran estudio del maestro esperando ver movimiento alguno, pero sin noticias.

Llegó el anochecer y en una gran sala de conferencias se encontraba el rey reunido con veinte consejeros a los que les había pedido su opinión sobre el proyecto del gran maestro. A la hora predicha las inmensas puertas del salón se abrieron de golpe y el sabio entró lentamente a la sala. Iba cargando una gran caja cubierta por un manto rojizo y algunos planos enrollados colgaban por debajo de sus brazos. Justo detrás de suyo venía un viejo androide cargando una caja proyectora. El viejo maestro conservaba este androide de modelo muy antiguo, casi de la misma edad que él, debido a que tenía algunas funciones básicas y buen movimiento. Llegó entonces el maestro al centro del salón y se situó en medio de una gran mesa circular. Saludó cortésmente a la audiencia y sorprendido por la gran asistencia, interrogó al rey con la mirada para corroborar que estaba de acuerdo debido al secretismo del proyecto, a lo que el monarca asintió con un cabeceo rápido y una sonrisa seca. El maestro comenzó su explicación. El viejo androide proyectó una serie de imágenes de la isla en una pared justo detrás del sabio. La isla parecía inmensa y se veían todas las construcciones, fallas, modificaciones, edificios, el castillo con su gran torre y hasta las bio-zonas resguardadas. El maestro señaló que se le había ocurrido una gran manera de esconder los tesoros del reino junto con los archivos de las academias, todo arte y todo conocimiento recabado en las grandes bibliotecas del reino.

El rey pestañeó rápidamente al ver que el gran sabio pretendía resguardar tal cantidad de objetos en la caja fuerte que le había encargado y estuvo a punto de interrumpirlo, pero éste alzó las manos para que no le interrumpiesen. El público asistente soltaba murmullos de admiración y lo veían como una solución para perpetuar todo lo que se consideraba de valor en su última colonia humana. El sabio desenrolló sobre la mesa un gran plano que inmediatamente se proyectó en la pared. La imagen de la isla cambió rápidamente para mostrar una construcción inmensa, vista desde arriba y que asemejaba, entre sus líneas abiertas y sus callejones entrecruzados, a dos hemisferios cerebrales dentro de un gran cuadrado. El sabio comentaba su gran aporte y mencionaba además la seguridad con la que se contaría en las grandes mazmorras de su gran proyecto. El rey y los demás consejeros, sorprendidos al principio, reconocieron que a primera vista esa construcción se asemejaba a un gran laberinto compuesto por varios pasillos y callejones que en cada rincón guiaban a inmensos cuartos o cuadriláteros.

El sabio, adivinando la sorpresa, comentó que efectivamente eran los planos de un inmenso laberinto, y que sería el más planificado, complicado, inaccesible y refinado que se hubiese construido en toda la historia de la humanidad, y que por lo tanto era lo más indicado para mantener seguros y protegidos los tesoros justo en el centro de la construcción. El rey le preguntó dónde podría construirse semejante ingenio. El sabio, emocionado, indicó a su androide que cambiara de imagen y enseguida se proyectó en la pared la gran isla flotante en la parte superior y el gran laberinto en la inferior. Todos en la sala estaban fuera de sí y desorientados al ver el plano que se les presentaba, ya que debajo de la isla lo único que había eran aguas saladas y nada más. El gran sabio sonrió y les explicó que eso era exactamente lo que se necesitaba para albergar tan seguro dispositivo. El gran laberinto se encontraría ubicado en lo más profundo de las aguas, siendo inaccesible para todo individuo o máquina.

El sabio continuó su explicación y mostró entonces otra imagen en donde al plano de la isla y el laberinto se le anexaba un tubo metálico que conectaba ambos puntos. El tubo comenzaba en la parte superior de la isla, justo debajo de las bodegas del castillo, y se sumergía hasta lo profundo del mar en donde se encontraban las puertas del laberinto. Este tubo era la única conexión entre el rey y su tesoro y sólo se podía entrar o salir del laberinto por una sola puerta. Para entrar a la cámara del tesoro se tenía que recorrer todo el laberinto hasta llegar a ella y después se tenía que recorrer nuevamente todo el tramo hasta llegar a la entrada principal donde se ubicaba el tubo de escape. El rey, los consejeros presentes y el sabio guardaron silencio durante poco tiempo al concluir la

explicación. El rey fue el primero en ponerse de pie para mostrar su asombro pero los consejeros le ganaron la palabra al gritar elogios y grandes felicitaciones. El rey no tuvo otra alternativa que unirse al festejo pero en lo más sombrío de su mente ideaba un plan que se debía ejecutar de manera discreta para completar y hacer de ese laberinto la cámara de seguridad más infalible de toda la historia.

Al gran sabio se le concedió un mes para terminar tal construcción, pero se le hizo jurar que tendría la mayor discreción al respecto y que solamente el rey, los veinte consejeros, los trabajadores que hicieran falta y él mismo serían los que conocerían este proyecto. El sabio afirmó que le bastarían siete días y no necesitaría ningún trabajador para terminar su proyecto. El rey, sorprendido, no hizo comentario alguno, y en tono desconcertado pidió que se le informara sobre los avances.

Todo transcurrió tranquilamente en la isla para todos excepto para el rey, quien permanecía siempre inquieto y preocupado. Si esa premonición sobre la fiesta solar le hacía tener un miedo cercano, ya que en la profecía se mencionaba que el monarca en turno cedería su corona al morir, antes que nada quería perpetuar su poder en llevar a cabo el plan que lo salvaría de todo peligro. En la noche del sexto día no se había presentado cambio alguno en la isla, y los consejeros y el rey no veían ningún movimiento debajo del castillo ni tampoco se asomaba aún alguna clase de tubo metálico de las bodegas. El rey dudó un momento en llevar a cabo su plan, ya que no había indicios del gran sabio, incluso llegó a pensar que el anciano había desvariado y se había ausentado en el destierro debido a su senilidad, pero a la mañana del séptimo día algo sorprendente ocurrió.

Muy temprano en la mañana, el incrédulo rey asomó la cabeza por su balcón y fue grande su sorpresa al encontrar justo en las puertas de la bodega del castillo un extraño tubo metálico que resplandecía con los primeros rayos del sol y que bajaba hacia los barrancos directo hacia el mar. Anonadado, el rey corrió en bata hacia dichas puertas de la bodega y en un segundo mandó a llamar al sabio y a los consejeros inmediatamente. Después de cinco minutos de espera, los consejeros se hicieron presentes y se mostraron igual de sorprendidos. Nadie sabía cómo ni cuándo. Ni con las más sofisticadas maquinarias modernas se podía hacer ese tipo de acciones parecidas a la magia.

El rey, desesperado, mandó a gritos a que se presentara el sabio, pero nadie se movía de su lugar y los androides se encontraban ausentes en la escena. De pronto, las extrañas puertas del tubo metálico se abrieron de par en par y el sabio asomó su larga barba por la entrada. Se trataba del ascensor que comunicaba al laberinto con el exterior. El viejo con los brazos abiertos indicó al rey que la espera había terminado y que su laberinto se encontraba listo y dispuesto para entrar en funciones cuanto antes. El rey y los consejeros entraron desesperadamente en las puertas del ascensor y lanzaban miradas de sorpresa y de terror al sabio maestro.

El rey no aprobó o desaprobó nada hasta que no estuviera seguro de que su plan secreto podría ejecutarse. Las puertas se cerraron de pronto y el ascensor comenzó a moverse por un trayecto largo y pausado. Desde el interior parecía que el tubo era de un cristal traslúcido y no de metal, como se observaba desde el exterior. Veían claramente el horizonte de agua hacia los lados. Hacia arriba se alejaba la isla poco a poco. Los presentes se encontraban inquietos debido a que sabían que ese tubo debería llevarlos hasta lo más profundo del mar, hasta las puertas del sorprendente laberinto. En el interior había una iluminación azul que se mantuvo constante incluso cuando el ascensor entro en las aguas marinas hasta lo más oscuro del recorrido.

Al llegar a la entrada del laberinto, el mago le ordenó a la puerta que se abiera en palabras desconocidas para todos, y estas puertas se abrieron de golpe mostrando un largo pasillo que terminaba en frente de un portón de madera. Todos iban con paso desconfiado detrás del gran sabio. La única iluminación era la de unos pequeños focos colocados a los lados del pasillo para indicar la ruta.

Cuando llegaron al portón, el sabio se detuvo y le susurró algo, el portón pareció responderle con algo igual de extraño con un timbre metálico. Los presentes aterrados creyeron que debía ser debido al uso de una tecnología cibernética o a una extraña inteligencia artificial. El rey se lo comentó así al sabio pero éste le dijo que ninguna clase de maquinaria cibernética o de algo seme-



jante se había usado para la creación del laberinto, y que éste había sido creado únicamente con materiales de tejidos biológicos. Dichos materiales además estaban vivos y tenían una consciencia propia. Los muros, el piso, las puertas y los techos, estaban recubiertos por un extraño tejido par-duzco y pareciese como si respiraran al contacto de las manos curiosas que los palmaban.

El rey siguió detrás del sabio en todo momento y escuchaban que el viejo maestro char-laba con algún ente extraño ajeno a los presentes, como si platicara con los muros y las puertas. Dando vueltas en las esquinas, abriendo y cerrando puertas, cruzando ríos, jardines, mazmorras,

celdas, bodegas vacías y algunos pasillos, se encontraron los preocupados transeúntes con extrañas criaturas parecidas a animales salvajes. Se veían felinos verdosos, criaturas exóticas que asemejaban roedores con alas, grandes reptiles acorazados que cruzaban a toda velocidad los pasillos y se lanzaban violentamente contra los muros para hacer temblar el suelo. El rey asustado preguntó qué eran aquellos seres, a lo que el sabio contestó que eran las criaturas autóctonas del laberinto y que además habían ilusiones ópticas, para mayor protección. Todos soltaron un grito de asombro al escuchar la explicación del maestro y se resignaron a no interactuar con alguna criatura del ambiente.

El sabio llevó a la comitiva a través de más y más senderos estrechos, escaleras y habitaciones. Las criaturas parecían reconocer como a un verdadero amo al sabio y lo dejaban transitar libremente, no sin antes gruñir, de vez en cuando, a los demás miembros de la comitiva. Finalmente llegaron a una esquina que indicaba el final del camino. Todos estaban confundidos ya que por más que se esforzaban no podían recordar cómo habían llegado ahí. Entonces, el maestro les enseñó la cámara central del laberinto que se encontraba en una habitación iluminada por todas las esquinas. Era una especie de torre de mediana altura adornada por escaleras de caracol que rodeaban su figura y que hasta la parte superior tenía una pequeña capilla donde descansaba un gran sarcófago de madera. Indicó al rey que ahí debía depositar su gran cilindro secreto y le mostró la puerta para que subiera a resguardarlo cuanto antes.

El rey no contestó ninguna pregunta o reclamo y se puso en marcha rápidamente para resguardar su gran secreto. Desde la entrada a la torre todos vieron como el rey casi resbalaba de los escalones por la prisa y la desesperación. Cuando el rey llegó hasta la cima y vio el sarcófago, el sabio aplaudió de manera estruendosa y el sarcófago se abrió entonces. Solamente el rey podía ver el interior del sarcófago y los demás se preguntaron si lo que llevaba el rey era una especie de memoria digital donde se encontraba el preciado conocimiento de su mundo, que se habían prometido resguardar. El rey, habiendo terminado de resguardar su pergamino, le indicó al sabio con una seña que estaba hecho todo. El maestro aplaudió nuevamente y dijo un extraño cántico que resonó en toda la habitación. De pronto, la torre comenzó a temblar y el rey aterrorizado se movía de un lado a otro en la cima temiendo caer, por lo que se abrazó a una columna de la capilla firmemente. La torre comenzó a introducirse en la tierra de la habitación, girando como un tornillo sobre una madera, hasta que la capilla estaba al nivel del suelo. El rey saltó y se colocó a un lado del sabio. El sabio terminó su cántico y la capilla se introdujo también en la tierra y se cubrió con el tejido parduzco de las paredes dejando en el sitio de la torre un pequeño matorral verdoso. Todos, al ver el espectáculo, felicitaron al sabio por su gran obra terminada, todos menos el rey.

El sabio les indicó que debían salir a toda prisa ya que el sistema de seguridad del laberinto consistía en hacer llover una especie de ácido gástrico en todas las salas cercanas a la cámara secreta para destruir a los invasores indeseados y que por lo tanto debían aproximarse lo más rápido posible a la salida. El sabio les recordó que sólo él sabía la ruta, por lo que tuvieron que seguirlo de regreso a la salida. Caminaron de igual manera senderos largos y habitaciones infestadas por plagas y criaturas extrañas para todos ellos. Las habitaciones parecían aumentar su temperatura y un olor parecido al azufre comenzaba a deambular por los cuartos. Después de recorrer los cuartos y los callejones estando más enfocados en los horrores y en la desesperación que en admirar los interiores y a las criaturas, llegaron todos a cruzar el portón inicial, previo intercambio de sonidos entre el anciano y la gigastesca puerta.

Al momento de que el ascensor llegó a la superficie, el rey se encaminó a sus aposentos, muy apurado, y se despidió de todos los consejeros. Al llegar a su lecho mandó a llamar al sabio, a quien le felicitó su gran trabajo y le pidió un mapa para llegar de nuevo hacia su gran tesoro. El sabio tenía un pequeño cofre que entregó al rey, el cual lo recibió pensando que eran las instrucciones para sondear el gran laberinto. El sabio se despidió cortésmente, y antes de llegar a la puerta, se giró hacia el rey y le dijo:

—No se preocupe su majestad, su secreto por fin está a salvo. Incluso de usted mismo. Yo soy el único que puede entrar a ese laberinto. Más en esa caja le adjunto un plan de emergencia que se encargará del secreto.

El rey no respondió enseguida, estremecido por la cólera y la locura. Y aunque otros hubieran lanzado amenazas o agresiones violentas contra el maestro, serenamente se despidió de él y se metió entre las cobijas de su cama. El maestro salió rápidamente hacia su gran torre, muy dispuesto a seguir con sus estudios científicos, confiado en que el rey era una persona digna y sensata que había comprendido su forma de proseguir en este proyecto.

Era aproximadamente el atardecer cuando el sabio maestro llegó a la cima de su torre y se encontró justo en la puerta de su estudio con un grupo de máquinas que fungían como guardias reales armados con lanzas electrificadas. El sabio dio media vuelta por donde había subido y se encontró otro grupo de guardias. El rey, desde su balcón, mirando hacia la torre del maestro, pudo escuchar los golpes y el ajetreo que se llevó a cabo entonces. El sonido de las cargas eléctricas golpeando violentamente y el olor a carne quemada, seguido por el silencio, le confirmó que su plan había terminado y que el maestro debía estar convertido en una masa calcinada.

Más tarde se enteró por medio de su servidumbre de que en las habitaciones de otros veinte consejeros había sucedido algo semejante. El rey achacó esto al gran maestro, afirmando que había intentado un motín contra su gobierno, con la finalidad de cumplir con la profecía.

El rey se dirigió a la entrada del ascensor, dispuesto a regresar al laberinto para cerciorarse de que podía entrar y recuperar su tesoro una vez que el día de la profecía terminara.

Los siguientes eventos tienen su explicación solamente en el ámbito extraordinario. El rey, ciego por su ambición de recobrar su poderío, bajó rápidamente por el ascensor al haber exterminado a todos los demás testigos del proyecto secreto. Tanta era su emoción que había bajado al ascensor con el pequeño cofre que le había entregado horas antes. Llegó al principio del laberinto y observó las puertas inmensas. Pasó una mano por lo que parecía ser una cerradura para encontrar la manera de abrirla. Enseguida sintió como si una lengua extraña y punzante le rozara la palma de la mano. Aterrorizado se hizo hacia atrás y escuchó como la puerta gemía y lanzaba frases irreconocibles al intruso. La puerta pareció tomar forma de rostro humano y el rey sintió unos ojos escrutadores sobre su persona. Inmediatamente las puertas gimieron fuertemente y se abrieron. El rey no dudó ni un segundo y se adentró corriendo en los pasillos y muros cubiertos por el tejido vivo. Recordaba vagamente el trayecto y fue internándose así hasta lo más profundo.

Cada rincón, cuarto y portezuela le recordaban al sabio maestro asesinado, con lo que temía que una venganza se presentara por la muerte cruel que le había dado. Caminó y caminó, perdido en su ambición, hasta que se encontró en una amplia habitación rodeada de criaturas y fieras salvajes. Recordó entonces lo que le había dicho el sabio sobre el sistema de seguridad que hacía ver ilusiones a los intrusos confundiendo a las criaturas reales con los espejismos. El rey, sosteniendo el cofre aún sin abrirlo, corrió velozmente por en medio del grupo de criaturas para evitarlas a todas ellas de un solo brinco pero sin suerte. En uno de sus movimientos terminó por lanzarse a las fauces de una criatura verdadera que le arrancó el brazo izquierdo de un zarpazo haciendo que su cuerpo fuera arrojado a un lado. Se incorporó y se tambaleó un poco. Quiso detener su cuerpo ensangrentado sosteniéndose en el marco de una puerta, pero fue a dar de bruces al suelo nuevamente. Alzó la mirada y vio como decenas de criaturas se lanzaban en carrera hacia él para darle muerte. El rey se levantó de un brinco, dejando caer parte de su indumentaria real en un charco de sangre, y sosteniendo el cofrecillo con la única mano funcional salió trotando por las habitaciones y callejuelas de aquel laberinto.

El extraño tejido de las paredes se había cubierto por una extraña baba verdosa que chorreaba hasta el suelo y hacía que el rey se quemara la planta de los pies, ya que los zapatos se habían desintegrado al contacto con la sustancia. El aroma azufre lo cubrió todo y la vista del monarca se apagó de pronto. Corrió alocadamente por doquier y entró en habitaciones sin medir las consecuen-

cias. De pronto, después de un largo y tormentoso trayecto veloz, tanteando los pasillos y las áreas con las manos en las paredes, sintió regresar ligeramente la luz a sus ojos. Se encontraba entonces frente a la cámara secreta. De alguna manera había logrado llegar ahí por su cuenta.

Al aclarársele la vista vio de nuevo la gran torre en lo alto con las escaleras y la capilla adornándola. Se acercó lo más que pudo pero cayó de rodillas ante la torre. En lo alto del techo escurría la baba verdosa por doquier y un poco cayó cerca del rostro del rey. La baba le quemaba el cuero cabelludo y parte de la frente. Con desesperación agitaba las manos y en uno de esos intentos el cofrecillo salió volando al suelo y de un golpe se abrió. Del cofre salió una luz muy potente que rebotó por toda la habitación y fue a parar a la capilla. En un momento la torre comenzó a desplomarse parte por parte incluyendo la capilla. Al chocar contra el suelo, el sarcófago que contenía el cilindro, rodó hasta la entrada de la cámara muy cerca del rey.

El rey se arrastró hasta el sarcófago y extrajo el cilindro. Lo sostuvo con su mano temblorosa. Entonces alzó la mirada y frente a él estaba el viejo sabio muy complacido. La mitad de su cuerpo salía de la pared parduzca más próxima y se asemejaba a una serpiente enredada en una rama y que estaba al asecho de una víctima. El rey se estremeció y llorando fuertemente fue devorado por el muro del cual se asomaba el viejo maestro y que en ese momento caía aplastándolo a él y a su preciado secreto como caen las piezas de dominó. Se escuchó un extraño sonido parecido al estómago de una fiera hambrienta y después todo fue silencio. La baba lo había cubierto todo.



Y me deleitaré
de la belleza
de su rostro

Por: Jorge Zarco





Ya son las nueve de la noche en el bar donde, aburrido, mato el tiempo. Cerveza mejicana más Kas Limón por consumir alguna cosa para mi sufrido estómago, y una libreta y un rotulador para matar el rato dibujando chapuzas, lo que pasa por mi cabeza por casualidad o simplemente estoy imaginando.

Dibujó el retrato de una actriz adolescente o así lo estoy intentando, desesperado. Recuerdo fotos de su web. He intentado memorizar sus rasgos, para poder llevarlos al papel a través de mi trazo y así poder plasmarlos dibujando. Rasgos merecedores de un talento fuera de serie y de un genio extraordinario.

Mi paso por artes y oficios fue, siendo generosos, poco menos que un fiasco. Y habré dibujado toda mi vida, pero mediocre es la palabra exacta para definir mi talento real, a la hora de enfrentarme a la dolorosa verdad de que me falta técnica, talento y soltura para realmente saber dibujar.

Inicio los trazos y mi sufrimiento se transmite a través del rotulador al papel, haciendo una mueca de lo que debió de ser una agradable sonrisa; y frunciendo el ceño donde debió plasmar alegría, para desesperación mía. Desastroso.

—¡Oh, Dios, esto es una mierda! Esta no es mi noche de las musas.

Suena la puerta, un nuevo cliente entra y se dirige a la de por sí escasa clientela. Apenas dos personas más el barman. Tez clara, ropas oscuras, cabello largo, ojos grises, casi escuálido bajo su aire aristocrático. Vuelvo a mi dibujo y a mis rasgos... ¡y un brazo me ha salido más largo! Abandono la libreta desesperado.

—Aaaaaaahhhh... joder —Aúllo ante la impresentabilidad de mi esbozo, antes de percatarme de que el visitante se ha posicionado a mi espalda. Me giro para verle mejor y me sonrío de medio lado, como si un secreto a voces quisiera darme por comunicado.

—Veo que su esfuerzo por plasmar la belleza le provoca sufrimiento. —Exclama, a lo que reacciono soltando sobre la mesa libreta y rotulador y añado:



—Pero mi falta de talento me hace merecedor de una medalla al más inútil. Echo mi cabeza hacia atrás, él me mira.

—Su modelo es mejorable, tiene una hermosa garganta.

Su diálogo me inquieta. Es joven pero hay algo viejo en él que parece tener siglos a sus espaldas, decido retarle.

—¿Mejoraría el dibujo? —le sugiero. Me sonrío y veo sus dientes afilados como los de una rata. Siento un escalofrío.

—Póngame a prueba.

Se sienta a mi lado y trazos a velocidad inhumana está dibujando, seguro de sí mismo, sin miedo ha cometer un fallo.

—Ya puede ver el resultado.

Veo el dibujo y palidezco:

—¡Pero... esto es obra de un genio del renacimiento, es digno de Velázquez, de Caravaggio, de El Greco, de Veermer; es extraordinario, una perfección absoluta.

Levanto la vista y el barman y los otros dos clientes están muertos y desangrados. Mi recién conocido aristócrata tiene la boca ensangrentada y los colmillos afilados.

—Cuando se han vivido cinco siglos, hay mucho tiempo para deleitarse dibujando; no tema por su vida, mi sed ya he saciado.

Abre la puerta del local y se pierde en la noche, silencioso, como ha llegado. Dudo unos segundos, antes de coger libreta y rotulador y seguir el mismo camino, huyendo yo también con el corazón de pánico aplastado. No quiero dar explicaciones a la policía, ni a la prensa, ni al jurado; soy un tipo racional y nada de esto en mi vida ha pasado.

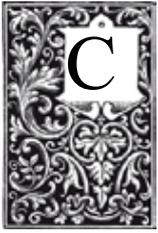
Porque los vampiros no existen y por loco no quiero ser tomado.



Por las rutas de la muerte

Por: José M. Alvarado





Cuando todo acabó, el doctor buscó una pluma entre los varios pliegues de su capa. Tomó asiento frente al viejo escritorio que se encontraba a un lado de la puerta y, sin pronunciar una sola palabra, empezó a redactar el acta de defunción. El crujir de la pluma sobre el papel enmohecido era el único sonido en una habitación con seis personas y esto lo incomodaba. Habían pasado meses desde la última vez que había oído el llanto de una madre, las súplicas de hermanos o las amenazas de un padre enloquecido por el dolor. Extrañaba esos días.

La familia entera estaba de pie frente a la cama del fallecido sin una sola expresión en sus rostros. El doctor sabía que éstos ya lo habían dado por muerto en el instante en que empezó a exhibir los primeros síntomas de la enfermedad. El niño que yacía en la cama con la boca cubierta de sangre había estado muerto por días, quizá semanas. —Como van las cosas no podemos darnos el lujo de desperdiciar nada y las lágrimas no son la excepción —pensó, mientras terminaba el documento con una firma ociosa. Dobló el papel y lo puso cuidadosamente dentro de un sobre, el cual selló con algo de cera de la misma vela que alumbraba el cuarto. Envolvió el cuerpo con las sábanas viejas y con ayuda del padre lo llevó fuera de la casa. Sin una sola pregunta, el hombre accedió al pedido del doctor y subió el pequeño cuerpo en su carreta. Por orden del gobierno, todos los cadáveres debían ser llevados lejos de las zonas residenciales e incinerados. Esto, por supuesto, no tenía ningún fundamento: lo único que sabían de la enfermedad era que esta no pasaba de hombre a hombre. La ley solo existía para hacer creer que el Estado estaba tomando medidas en el asunto.

Después de rechazar cordialmente la moneda de poco valor que le ofreció el padre, el doctor subió a la carreta y continuó su camino. Esa había sido la quinta granja que visitaba desde que llegó a aquel pueblo cuyo nombre no lograba recordar. La quinta familia a la que veía. El quinto cadáver que llevaba envuelto en su carreta. La quinta moneda que rechazaba. Paseaba sin rumbo a través de los largos caminos de tierra, en medio del mar verde que separaba las propiedades de los pocos campesinos que vivían por ahí, recordando canciones que había escuchado en su juventud, cambiándoles la letra y dándoles nuevos significados. Detenía a sus caballos cada cierto tiempo para estirar las piernas y recoger las pequeñas flores que crecían despreocupadas por los bordes del camino. Se decía que la enfermedad venía del mal aire y que el perfume de las flores la ahuyentaba. Al doctor no le importaba la veracidad de esa suposición, había dejado de hacerse esas preguntas hacía ya mucho tiempo. Lo único de lo que estaba seguro era que le disgustaba la tranquilidad del campo, el polvo que levantaban sus viejos caballos al pisar la tierra, el calor del sol que lo cocinaba lentamente dentro de la pesada túnica negra que no se permitía abandonar y el silencio, un siniestro fantasma que lo había estado siguiendo por todos sus viajes y no dejaba de recordarle que siempre estaba solo.

Una noche, la oscuridad lo sorprendió en un cruce de caminos. Cansado, el doctor amarró a sus bestias a un roble torcido pero sólido. Se tomó muchos minutos en lograr el nudo perfecto ya que al mínimo descuido, pensaba, sus caballos también lo abandonarían. Había sido un día muy caluroso y la noche era el único momento en el día en que tenía permitido quitarse la máscara debido a que esta no le permitía ver muy bien, incluso cuando el sol brillaba con más intensidad. Desabrochó las correas que la mantenían firme contra su cara y respiró el fresco aire de la noche por primera vez. Disfrutó cada instante de la primera bocanada, el aroma del río que corría cerca, el excremento de sus animales y la inmundicia propia de un hombre que no se había bañado en varias semanas. Esto nunca lo había avergonzado. Según él, cuando uno se acostumbraba a la idea de que el mundo entero estaba podrido, llegabas a aceptar que el olor de una sola persona no hacía la menor de las diferencias. El aroma de las flores, que guardaba en el pico de la máscara para filtrar la peste, le provocaba náuseas. La sola idea del perfume era una mentira, una manera barata de disfrazar lo cruel de la realidad que les había tocado vivir.

Había empezado a hervir las flores, que había recogido ese mismo día, cuando escuchó movimiento entre los árboles. Creyó que eran bandidos. Estos abundaban en los caminos desiertos, acechando a aquellos que escapaban de las grandes ciudades con todas sus pertenencias. Normalmente no se acercaban a los doctores negros debido a que, con el pasar de los años, su sola presencia había empezado a generar terror en los corazones de los menos entendidos. Después de todo, estos habían nacido de la peste.

El doctor permaneció completamente quieto, sosteniendo firmemente entre sus dedos un pequeño cuchillo que usaba para sangrar a sus pacientes. No había otro ruido más que el del césped crujiendo por momentos dentro de la espesura de aquel bosque de árboles negros. No sentía miedo, era una de las muchas cosas que había perdido en los últimos años, pero era una situación tensa. Procurando no alertar a aquello que se movía en las sombras, el doctor permaneció casi una hora en esa misma posición, sin parpadear. Crujía el césped y de vez en cuando a la oscuridad se le escapaba un gemido.

—Soy un doctor negro —dijo tranquilamente, al darse cuenta que aquello no tenía intenciones de abandonar su escondite—. Lo poco que tengo está al servicio del pueblo y de Dios.

No hubo respuesta pero los ruidos cesaron. Aliviado de que aquello al menos pudiese entenderlo, prosiguió:

—Seguiré mi camino —trató de hacer una reverencia a la oscuridad pero recordó que su sombrero se hallaba al otro lado del campamento, junto a su máscara—. Espero que usted, hermano, pueda encontrar el suyo.

Se levantó con cuidado y empacó todo lo que tuvo a su alcance con rapidez, lo cargó a su carreta y usó el cuchillo para romper el intrincado nudo con el que había amarrado a sus caballos. Justo antes de dar la orden para avanzar, escuchó la primera súplica.

Era más suave que la brisa que corría entre las ramas y no eran palabras articuladas, pero el doctor estaba seguro que era un pedido de auxilio. Durante los primeros años del brote, las súplicas eran más abundantes que el aire fresco en las estrechas e inmundas calles de las ciudades. La gente no hacía distinción y tanto los enfermos como los muertos eran apilados sin ninguna piedad en los silos donde se dejaba la basura. Los más ingenuos suplicaban como podían, negociaban y se humillaban por ayuda a cualquiera que pasara por los vertederos, mientras que los más sabios se contentaban con esperar que alguna mano amable les diera una muerte limpia.



Un nuevo gemido, mucho más fuerte que el primero, atravesó la noche. El doctor suspiró profundamente y detuvo la carreta. Sin entusiasmo, se volvió a poner la máscara en forma de pico de ave, tomó las herramientas necesarias y se sumergió en el bosque para enfrentarse el enemigo de siempre escondido en la oscuridad.

No tardó mucho en encontrar la fuente del sonido. Un grupo de cuervos se daba un festín con lo que parecían ser los restos de un hombre de mediana edad. A solo unos metros de este, dentro de una carpa improvisada en medio de los árboles, yacía el cuerpo moribundo de una niña. La pequeña se contorsionaba lentamente dentro de la tienda con el cuerpo completamente invadido por pústulas negras, que ya se habían comenzado a infectar. Las heridas que habían aparecido en su garganta eran tan profundas que no permitían que escapara el llanto y sus pies habían desaparecido completamente, siendo reemplazados por una masa de carne palpitante cuyo olor rancio se filtraba incluso a través del aroma de las flores en las que se escudaba. Completamente enloquecida por la enfermedad, no pareció importarle cuando la tenebrosa figura del doctor pasó por el umbral de la tienda y se posó a su derecha, como un cuervo más. Sin pensarlo por mucho tiempo, empuñó el mismo cuchillo que había usado hace unos minutos e hizo una pequeña oración vacía antes de actuar. El corte fue preciso y la piedad de Dios rápida. Cuando todo acabó, la cargó hacia afuera y la colocó con delicadeza al lado del hombre para que los cuervos pudiesen limpiar ambos cuerpos. De cerca, pudo notar que ambos no guardaban ningún parecido, lo cual le causó un ligero escalofrío. Levantó la cabeza y suspiró, el sol no tardaría en salir.

—¿Qué hace aquí?

Las palabras desgarraron el silencio de la noche. El doctor volvió lentamente la cabeza y forzó la vista a través de la oscuridad de la máscara. Una niña pequeña estaba parada entre los árboles, observando. Su vestido consistía en trapos sucios que habían sido cosidos sin ningún cuidado, los cuales eran tan miserables que a simple vista no podían protegerla del calor del sol ni de la más ligera de las brisas que corrían por el campo. Escondía su rostro tras una espesa maraña de cabello negro que descendía hasta sus rodillas desnudas y delgadas. Su único ojo descubierto lo miraba con más curiosidad que miedo. Al igual que la otra niña, no guardaba ningún parecido con el hombre.

—¿Qué hace aquí? —preguntó nuevamente. Su voz era suave pero resonaba por todo el claro del bosque y estaba llena de una autoridad que no era propia de su edad.

El doctor no estaba listo para ella. Los huérfanos de la peste no vivían por mucho tiempo. Muchos no tardaban en seguir a sus padres y hermanos, víctimas de la enfermedad o el hambre o de los hombres que se volvían bestias en el caos. Encontrar a uno era raro, encontrar a uno sano era prácticamente imposible. Entonces, ¿qué hacer con ella? La niña no mostraba rastros de la enfermedad en su piel. Después de esos años tratando con la muerte, la vida le resultaba un problema.

—Le ofrezco mis más humildes condolencias —respondió, no acostumbrado a tratar con niños—. Soy un doctor de la corte, señorita. Se me ha encargado tratar a todos los enfermos de este pueblo. Escuché ruidos y creí que poder ayudar.

—¿Un doctor? ¿Entonces, ya están bien? ¿Ya los curó?

El hombre no respondió. No recordaba la última vez que había sentido vergüenza. Miró al suelo y balbuceó pesadamente unas disculpas formales. La niña se acercó sin miedo. Sus pies descalzos parecían no tener efecto sobre el césped, el cual no hizo el menor ruido cuando esta se acercó a los cuerpos sin vida. Ya enfrente de ellos, los miró por largo tiempo sin moverse ni sollozar. A los cuervos no les importaba su presencia, seguían su camino excavando en la carne violentamente, ebrios de sangre. El doctor tuvo que arrojar piedras y hacer ruidos fuertes para que estos finalmente se fueran. No podía pensar en una manera de alejar a la pequeña de la horrible escena. Esta se arrojó frente al cuerpo de la otra niña y acarició suavemente su mejilla.

—¿Cómo puede dejarlos sufrir? —preguntó la niña después de un largo silencio.



Una ráfaga de rabia atravesó el corazón del hombre. ¿Dejarlos sufrir? Él era un doctor. Cuando el mundo entero estaba cayéndose a pedazos, ellos eran los únicos que seguían haciendo su labor. Ellos seguían visitando casa por casa, sabiendo que no podían hacer nada. Ellos habían renunciado a ser hombres cuando se pusieron esa ridícula máscara, la cual todos sabían no servía para nada. Ellos habían perdido familiares, amigos, esposas. Ellos fueron los únicos que perdieron sus nombres cuando el resto del mundo solo perdió la vida. Quería gritárselo. Quería gritarle a esa pequeña niña sin padres, los horrores por los que tenía que pasar en sus interminables viajes. Contarle como luchaba incansablemente los primeros días contra la enfermedad. Como se dormía al pie de las camas de los pacientes después de horas de cirugías, solo para despertar frente a un cadáver. Como había consolado innumerables familias que incluso llegaban a culparlo por las tragedias. Quería gritar. Por primera vez, quería que su voz fuese escuchada. Quería ser un hombre nuevamente. Una vez. Al menos una vez. Se sacó la máscara.

—Lo siento mucho —respondió.

La pequeña se incorporó y lo miró directamente. Las bolsas bajo sus ojos eran casi negras, como si no hubiese dormido en semanas. Quizá los suyos eran iguales, no podía saberlo: no había visto su propio rostro en años.

—Yo también lo siento, sé que no es su culpa. Sé que no es culpa de nadie —la niña lo sorprendió con una sonrisa cansada—. Esto siempre ha sido muy difícil para mí.

Minutos de silencio sepulcral siguieron a estas palabras. Sin la máscara puesta, el doctor pudo verla con claridad. Se quitó el guante de la mano derecha y vio como un pequeño lunar de color negro comenzaba a aparecer en uno de sus dedos. Suspiró.

—¿Me has estado siguiendo todo este tiempo? —intentó devolver la sonrisa, pero solo logró una mueca.

—No. Tú eres el que me ha estado siguiendo. No ha sido fácil, ¿verdad?

—Siempre llegabas primero —respondió, ya más tranquilo—. ¿Tengo que irme ahora?

La niña dejó escapar una pequeña risa.

—Aun no, viejo amigo. Aún queda camino por recorrer. Solo esperemos que no sea mucho.

—¿Tampoco sabes cuándo se terminará esto?

—Te sorprenderían las cosas que no sé.

El sol empezó a nacer por el horizonte y el doctor se colocó una vez más la máscara que lo acompañaría por el resto de su vida. La niña lo acompañó hacia su carreta. Sus caballos no se habían movido un centímetro.

—El siguiente pueblo está a un par de días de aquí —le dijo, mientras se despedía haciendo una seña con la mano—. Por favor, no tardes.

—¿Y tú donde estarás?

—Con algo de suerte, detrás de ti.



muro de Honor de los colaboradores

aquí yacen las firmas y nombres de las personas que hacen posible
que nuestro trabajo continúe a través de su aporte económico



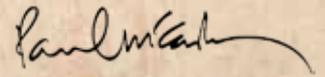
Jovi Huerto Vizcarra



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú